

VISAS PARA AL QAEDA



J. Michael Springmann

Capítulo promocional de descarga gratuita



EDITORIAL
MANUSCRITOS

Dirección editorial:

Elena Díez de la Cortina M.

Maquetación:

José María Adrover

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

© J. Michael Springmann
© de esta edición, 2015, editorial Manuscritos
Bitland Producciones S.L.
C/ Domingo Rodelgo 43, nº 16
Morata de Tajuña 28530 – Madrid
info@editorialmanuscritos.com
www.editorialmanuscritos.com

CAPÍTULO I

PRESENTAR UNA CABEZA DE TURCO

El comienzo

Recién incorporado al Servicio de Asuntos Exteriores (tras un período anterior trabajando en el Programa Estatal de Intercambio Comercial –SCEP– y en el Servicio de Comercio Exterior –FCS–), fui destinado a Yeda, conocida también como “la abuela de las ciudades”. (Eva, la bíblica abuela de todos, fue, según dicen, enterrada allí, motivo por el que la ciudad recibió tal apodo)

En Yeda aprendí que el Reino de Arabia Saudí era un lugar misterioso y exótico, pero que no sería nada en comparación con el exotismo y misterio del propio Consulado General de Estados Unidos que se hallaba ubicado en la gran avenida de Palestine Road.

Recién aterrizado en Yeda, me encontré con que había sido designado como nuevo agente responsable de la expedición de visados, esperando de mí que fuese capaz de identificar y “separar el grano de la paja” acerca de más de cien solicitudes de visado diarias, clasificándolas como “aprobadas” o “rechazadas” añadiendo a dichas categorías una tercera, aquella que resultó ser la de visados libres para los agentes de la CIA.

Sea como fuere, ninguno de los pulcros y aseados jóvenes colegas del consulado (e incluso ninguno de los entrados ya en kilos y regordetes “altamente experimentados en multitud de situaciones”), ninguno de ellos me había mencionado ni tan siquiera de pasada, esa tercera categoría de solicitantes especiales.

Ni tan siquiera de pasada.

Uno de aquellos días, Eric Qualkenbush, Jefe de la CIA en Yeda, me paró mientras yo andaba dentro del enorme complejo del

Consulado (un complejo que incluía un auténtico campo de golf de nueve hoyos).

Eric tenía una petición para mí:

—*¿Podría expedirme un visado para uno de mis agentes, un iraní cuya familia había adquirido una tienda de alfombras orientales?*

Y tras ello, me dijo:

—*Mike, dale una apariencia perfecta* (acompañó la palabra *perfecta* con dos guiños seguidos). *Necesitamos a esa persona en Washington para ciertas consultas.*

Atónito ante lo que había escuchado, sólo supe responder: “Seguro que sí”.

Hasta ese momento, había tenido una batalla prácticamente diaria con Jay Freres, el Cónsul General, así como con otros oficiales de la CIA, ya que continuamente demandaban visados para perfiles excesivamente peculiares, o dicho de otro modo, perfiles a los que, en atención a las leyes y normativas aplicables, deberían serles denegados sus solicitudes de visado.

También mantenía enfrentamientos habituales con muchos solicitantes de visado, quienes me insistían con la intención de que les aprobase todos los trámites de papeleo administrativo ante la amenaza de llevar sus quejas a Freres, el cónsul general, para que su decisión prevaleciese sobre la mía.

Si ello ya era así diariamente, ¿Por qué Qualkenbush me detalló tan concienzudamente la persona que iba a venir? Y ¿por qué nunca me había hecho un guiño con ninguno de los solicitantes anteriores, en lugar de haberme abandonado a mi suerte enfrentado a continuas violaciones de las reglas y directrices oficiales por los actos que me veía obligado a cometer?

Aun con todo lo anterior, mi mayor desconcierto llegó cuando el agente que me había mencionado Eric, apareció en la cola frente a mí mientras yo atendía tras la ventanilla blindada de la sección de visados.

Con la confianza que transmitía la fortaleza de la estructura industrial de la oficina en la que me hallaba, di comienzo a los trámites de la entrevista:

—¿Certificado en documento sellado de la empresa aclarando y detallando el viaje a realizar y los clientes que serán visitados?: *Comprobado.*

—¿Modelo DS-156 para la solicitud de visado, cumplimentado correctamente?: *Comprobado.*

—¿Pasaporte en perfecto estado, sin anotaciones ocultas o rechazos anteriores de viajes?: *Comprobado.*

—¿Motivo o propósito del viaje, coherente, comprensible y aceptable? *Comprobado.*

—¿Sellos anteriores de visado de EEUU? *Comprobado.*

—¿Respuestas adecuadas a mis preguntas acerca del propósito de su viaje? *Comprobado.*

Tramité el visado y le di el visto bueno. Para mis adentros pensé que sería algo magnífico que todos los solicitantes de visado fuesen como la persona que tenía frente a mí.

Aunque...

Había escuchado en Washington toda clase de extraños problemas e incidentes relacionados con los visados procedentes de Yeda. En aquel momento, ninguno de ellos tuvo sentido para mí, pero la atmósfera de la oficina de visados de Yeda tras mi llegada fue poco a poco envenenándose cada vez que mencionaba el Acta de Inmigración y Nacionalidad o el Manual de Asuntos Extranjeros, cuando lo hacía para advertir y prevenir sobre la gran cantidad de tipos con muy malas pintas que aparentemente pretendían emigrar a los EEUU.

A pesar de todas mis entrevistas en la oficina, empecé a pensar que algo no estaba funcionando del todo bien. Supe que ello era así cuando el Departamento de Estado me despidió sin darme explicación alguna, obstruyendo cualquier esfuerzo por mi parte en conocer el porqué de aquella decisión.

La historia que voy a contar es todo lo que aprendí sobre lo que realmente estaba ocurriendo en Yeda, cómo llegué hasta ese punto, y las horribles consecuencias de lo que comúnmente es llamado como “Políticas USA”.

Dos claves esenciales

La primera clave es que el trabajo dentro de la sección consular consistía en garantizar la obtención de visados para los agentes de la CIA, en su mayoría extranjeros reclutados por funcionarios americanos.

El Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) colaboraban estrechamente para enviar al consulado de Yeda a tipos que eran auténticos peones ignorantes o perfiles muy fácilmente manejables, acostumbrados a no rechistar ni cuestionar ninguna orden dada. Desde el consulado de Yeda se daba anualmente validez a unos 45.000 visados con destino a EEUU.

Las reglas eran sencillas: si se procesa todo ese papeleo junto con sus trámites administrativos, aunque fuese como verdaderos autómatas, y no se hacen incómodas o molestas preguntas a los solicitantes, se conservará el trabajo. Pero, por el contrario, si se decide seguir la ley y la normativa, y se opone resistencia frente a presiones ilegales que aconsejan hacer la vista gorda con personas que no ofrecen ninguna confianza ni ningún motivo lógico para viajar a los EEUU, entonces quienes se atrevan a hacerlo, “no estarán con el Programa”, y serán fácilmente despedidos por ser considerados unos incompetentes.

La segunda clave consiste en que el Departamento de Estado tiene un perro guardián en cada lugar para prevenir este tipo de problemas: El Departamento de Seguridad Diplomática.¹ Acerca de él, y tal y como consta en su propia pagina web, podemos leer:

“La DS² trabaja en colaboración con el Departamento de Asuntos Consulares, en todos aquellos casos donde se hallen envueltas acusaciones de corrupción hacia empleados de la Embajada de EEUU, venta fraudulenta de documentación y uso de visados por parte de terroristas, y todos aquellos concernientes a actos de contrabando y tráfico de drogas o personas.

1. BDS (Bureau of Diplomatic Security)

2. DS: Diplomatic Security

Los delitos de pasaporte y visado son crímenes perseguibles con penas de hasta 10 años de prisión y multa de 250.000\$. El tipo máximo de privación de libertad será incrementado hasta 15 años si el delito se halla relacionado con el tráfico de drogas, o hasta 20 años si se halla relacionado con actos de terrorismo.³

Entonces, ¿Quiénes estaban cometiendo esas violaciones y qué era lo que hacían? Y ¿por qué no estaban los perros guardianes (Bureau of Diplomatic Security) vigilando? Como más tarde pude comprobar muy a mi pesar, los solicitantes de visados fueron reclutados para participar en la guerra de Afganistán contra las fuerzas armadas de la Unión Soviética. A medida que pasó el tiempo, esos soldados o mercenarios, entrenados en los EEUU, fueron indistintamente dirigidos hacia otras zonas de conflicto: Yugoslavia, Irak, Libia y Siria.

Todos estos soldados trabajaron y siguen haciéndolo para los Servicios de Inteligencia y el Departamento de Estado con el objeto de desestabilizar todos aquellos gobiernos que se opongan a las políticas o pretensiones de los Estados Unidos de América.

Y aunque no sea un secreto, la mayoría de expertos y personas con mayor conocimiento sobre el tema, siguen evitando hablar sobre esa agenda oculta.

El Reino Mágico: Confusión para los estadounidenses

Preludio

En el año 1986, “A-100” era como se denominaba a las clases introductorias de acceso para los nuevos agentes del Servicio de Exteriores (FSOs). Consistía básicamente en estar semanas enteras sentado leyendo textos terriblemente aburridos y por lo general completamente inútiles. (Por hacer eso, se nos pagaba). En la ceremonia de graduación, los graduados recibieron cada cual su destino, y junto a ello, una pequeña bandera del país donde habían sido asignados. La mía fue la bandera verde del reino de

3. <http://www.state.gov/m/ds/investigat/>

Arabia Saudita. Iba a ser agente consular en Yeda, una ciudad ubicada en la costa oeste de dicho país.

Estaba en estado de shock. Cuando más tarde hice una discreta consulta a John Tkacic acerca de cómo había ido a acabar allí, él me contestó que pensaba que fui yo mismo quien se había ofrecido para ese destino, a juzgar, según él, por el modo en el que parecía estar satisfecho durante la ceremonia de asignaciones.

Más tarde logré contactar con uno de los profesores de la Academia A-100 (no he sido capaz de recordar su nombre). Me contó que el Departamento de Estado quería alguien un poco más viejo que la media de agentes *junior* (en ese momento yo tenía 41 años) para el destino de Yeda, y alguien con experiencia dentro del Departamento de Comercio era altamente valorado, ya que Yeda era un núcleo muy importante de actividad mercantil.

Esa lógica mostrada, lejos de convencerme, me dejó con bastantes más preguntas que respuestas.

Cumpliendo las habituales prácticas dentro del Servicio de Exteriores, escribí al Embajador de EEUU para Arabia Saudí, Walter Cutler, quien se hallaba en la capital, Riad, y le conté que sería un placer para mí poder pasar a formar parte de la familia del cuerpo oficial diplomático allí destinado. Del mismo modo, le envié también una carta similar a Jay Philip Freres, Cónsul General en Yeda en aquellas fechas. A partir de entonces, asistí a clases para aprender el idioma árabe y el resto de mi tiempo lo pasaba en las instalaciones del Instituto de Servicios Exteriores⁴, la rama educativa del Departamento de Estado en Washington, dedicado enteramente al estudio de la región y las normas del funcionamiento consular.

Sorprendentemente, un día recibí una llamada del funcionario responsable para Arabia Saudí (básicamente, esta clase de funcionarios se encargaba de seguir cualquier problema o asunto concerniente a la economía, política o la sociedad del país en cuestión). En dicha llamada, me hicieron saber que el embajador Cutler estaba en Washington para llevar a cabo algunas reuniones

4. FSI (Foreign Service Institute)

sobre Arabia con oficiales del Departamento de Estado, y que me invitaba a un encuentro personal para conocernos.

Creía que iba a ser un encuentro protocolario, de aquellos de “hola y adiós”, que nunca van más allá de cinco minutos escasos. En lugar de ello, Cutler me retuvo más de cuarenta y cinco minutos, poniéndome al día de los problemas que mi predecesora, Greta Holtz, actuando como vicecónsul en Yeda, había causado en nuestra embajada en Riad. Me contó que habían sido denegados visados a miembros del servicio de una acaudalada mujer saudí quien, por culpa de ello, tuvo que viajar a EEUU sin su séquito de peluqueras, modistas y otras personas de confianza. Yo le escuchaba sentado y me preguntaba por los motivos que tenía Cutler para contarme todo lo que me estaba contando. Claramente, Cutler estaba tratando de transmitirme algún mensaje, pero juro por mi vida, que en ese momento no fui capaz de juntar las piezas. Un poco más tarde, hablé con el funcionario responsable, que estuvo presente en todo momento en dicho encuentro, y le pregunté cuál había sido realmente el verdadero motivo de la reunión. Me respondió que lo desconocía, a la vez que me dijo que Cutler (quien previamente también había sido embajador de EEUU en Zaire y Túnez), era un tipo “raro”.

Años más tarde, cuando Cutler pasó a ser responsable de Meridian House, una organización sin ánimo de lucro que fomentaba y promovía la cooperación internacional, rechazó rotundamente hablar conmigo sobre todo lo que ocurrió en Yeda. A pesar de su silencio, él sabía muy bien todo lo que allí había ocurrido. En una discusión sobre los reclutamientos para la Guerra de Afganistán, Robert Dreyfuss, en su libro titulado *Devil's Game*, recoge una intervención de Cutler en la que literalmente dijo: “*Donde yo estaba, nadie estaba pendiente de qué podría pasar con todos aquellos combatientes de la libertad que se hallaban desempleados*”⁵ (Contrariamente a lo que Cutler me había contado en Yeda, donde, tal y como aprendería más tarde, muchos solicitantes de visados fueron muyahidines, llamados “combatientes de la libertad”, y no sirvientes de ricas mujeres árabes.

5. Robert Dreyfuss, *Devil's Game, How the U.S. helped Unleash Fundamentalism Islam* (Nueva York, Metropolitan Books/Henry Holt, 2005) 290.

La tercera carta que envié, siguiendo el protocolo de presentaciones al cuerpo diplomático donde iba a ir destinado, fue dirigida a John D. Moller, Jefe de la Sección Consular. A diferencia de las cartas a Greta Holtz, en mi caso sí recibí una respuesta que podríamos catalogar como neutral (aunque en ella me remarcase que el Dpto. de Estado no le había notificado mi incorporación hasta que recibí mi comunicación).

En junio de 1994, logré localizar a Moller en Kings Colony Court en Palm Coast, Florida. En aquel encuentro, en respuesta a una carta que le envié comentando los “incidentes” con los visados y solicitándole también la posibilidad de establecer una reunión conjunta con el Diputado y Jefe de Misión Dave Dunford, con Nick LaRoche, Consejero de Asuntos Exteriores y con Jay Freres, me dijo que había decidido prejubilarse antes que tener que estar continuamente discutiendo con Freres o cualquier otro acerca de visados sospechosos.

Pasaron cosas extrañas. Yo tenía un Volkswagen amarillo desca-
potable que el Gobierno de los EEUU se había comprometido a enviarme a Yeda para que pudiese hacer uso de él una vez llegase allí. Cuando leí en un comunicado oficial que en Arabia Saudí el amarillo era un color exclusivamente reservado para los taxis y que no estaba permitido el uso de ese color a particulares dentro del país, traté de informarme acerca de lo que debía hacer una vez conocida esa prohibición. ¿Quizá pintar el coche? ¿Obtener un trato de favor por parte del Gobierno Saudí si les prometía no actuar como taxista por las noches cuando nadie me viese? Nadie en Washington supo aconsejarme ni darme una respuesta válida. Sorprendentemente, tampoco recibí una sola respuesta a mis requerimientos dirigidos a la sección administrativa de Yeda, donde solicitaba información o recomendaciones sobre cómo debía proceder con un vehículo, el mío, que no podría conducir por el país debido a su color. Teniendo en cuenta las siete horas de diferencia entre Washington y Yeda, y mi intención de no causar ningún tipo de alboroto debido al horario que en ese momento había en Arabia, preferí no telefonar para preguntar por qué nadie de dicha sección había respondido a mis mensajes. Todavía hoy me sigo preguntando qué pudo pasar.

Con todo ello, y siendo una persona tremendamente curiosa, del mismo modo que lo era el joven elefante en la obra de Rudyard Kipling, comenzaba a preguntar a todos los compañeros de mi alrededor acerca de las extrañas observaciones que Cutler me había hecho acerca de los visados provenientes de Yeda. Siguiendo el aviso de un agente consular, que me advirtió que todo aquello que saliese fuera de lo ordinario debería considerarlo como una fuente de potenciales problemas, contacté con Ellen Goff en la Oficina Ejecutiva para la Agencia de Asuntos del Próximo Oriente (NEA/EX), un cargo cuyas funciones abarcaban esencialmente cualquier materia administrativa relacionada a tal efecto. Ella me contó que sí, que había oído historias sobre problemas con los visados en Yeda, pero que no tenía más detalles ni mayor información al respecto.

Todavía perplejo y desconcertado, despegué hacia Yeda en Septiembre de 1987. Aprendería después que fui asignado a lo que en verdad no era sino una base de la CIA, lo cual fue para mí otra desagradable sorpresa. (Prácticamente todos los responsables en aquel lugar y la totalidad de la plantilla no trabajaban para el Departamento de Estado sino que lo hacían para La Agencia, *La CIA o "Langley"* por la localización de su sede en Virginia, o para la NSA⁶).

Llegada y Asombro

Recibido con los brazos abiertos por el Cónsul General Jay Freres (identificado por el periodista alemán Julius Mader como un oficial encubierto de la CIA) y por Henry Ensher, el responsable de asuntos políticos, me hicieron saber que yo era una notable mejora con relación a Greta Holtz, hacia quien alegaron que había tenido continuos y graves problemas dentro del propio consulado. (Años mas tarde, me daría cuenta de que todo ello no fue sino una historia falsa para ofrecerme una imagen distorsionada de Greta y de lo que en verdad ocurría dentro del Consulado, y especialmente desde que mis ratios de visados rechazados supera-

6. NSA (National Security Agency)

ran en más de un cinco por ciento los que en su momento Greta rechazaba). Según los datos que constaban en su biografía, Greta Holtz había tenido fuertes lazos con los servicios de inteligencia, habiendo trabajado previamente en la Agencia de Inteligencia de Defensa (DIA), y llegando incluso a recibir un premio de la CIA⁷, según constaba en otro informe biográfico al que pude tener acceso. Para alguien como Greta Holtz, que había creado tantos problemas a nuestra embajada en Riad, no podía explicarse que hubiese sido tan reconocida su labor y valorado su trabajo, así como tampoco que hubiese logrado un ascenso tras otro en su carrera profesional una vez dejó dicho destino. Partiendo como Consejera del Ministro para Asuntos Exteriores en Iraq, llegó a ser Diputada ayudante del Secretario de Estado. En Septiembre de 2012 culminó su carrera cuando el presidente Barack Obama la nombró Embajadora en Omán. En su nueva biografía “oficial”, extrañamente se han omitido sus servicios para la DIA, diciendo a tal respecto únicamente, que trabajó en la Oficina política de la OTAN dentro de su Departamento de Defensa. Actualmente vive en Washington DC, en una lujosa mansión de 2,4 millones de dólares, cerca del río Potomac en Maryland.

Mi nuevo trabajo como Agente del Consulado. Emitiendo visados

Sería más tarde, durante mi servicio en Yeda, cuando empecé a recibir recomendados que venían de parte de Freres y de Ensher (y de otros muchos, como por ejemplo Paul Arvid Tveit, un agente de la oficina de Comercio, que actualmente se halla desenmascarado en la web namebase.org como oficial de la CIA). Inicialmente, tendía tímidamente a seguir la norma de que, mientras todo se hallase acorde a la Ley, era yo quien tenía la última decisión pese a que comenzaba a ser consciente de que ellos lo que realmente querían era obtener los visados para todos sus contactos. No me vienen a la mente ejemplos significativos debido a que todos los que venían con referencias de parte de ellos, en

7. Fue reconocida con el premio Cristopher Award.

su práctica mayoría eran perfiles aparentemente ordinarios. Con el paso del tiempo, a partir de comenzar a cuestionarme las credenciales y los datos que me presentaban todas esas personas que venían recomendadas y que carecían de lazos sólidos o creíbles con Arabia Saudí o ni tan siquiera con el país al que afirmaban pertenecer, lo que en un principio fueron tranquilas solicitudes de visado, pasaron a ser demandas exigiendo su aprobación.

A partir de ese momento, empezaron las amenazas.

Cazadores de Fantasmas

Mientras el Servicio de Exteriores está repleto de gente que no trabaja para el Departamento de Estado, Yeda fue mi primera experiencia en una base que era, en su mayor parte, una auténtica base fantasma. (Los agentes de inteligencia, en el argot del Departamento de Estado eran denominados “fantasmas” porque eran según ellos, “entes invisibles que venían de otro mundo”). Según las palabras tanto del anterior Jefe de la Agencia local de la CIA (y por consiguiente, el máximo mando de las operaciones encubiertas en un determinado país), quien me pidió no ser nombrado, y de Jay Hawley, agente del Servicio de Exteriores actualmente retirado, la relación promedio de agentes de inteligencia frente a verdaderos empleados del cuerpo diplomático en cualquier destino es de uno a tres a favor de los segundos. Mi experiencia en Yeda, Stuttgart y Nueva Delhi me dice que el número de agentes de inteligencia siempre ha sido bastante más alto, siendo como mínimo el 50% de la plantilla, si no mayor. A tal efecto, según el documento *Club de Diplomáticos Anti-CIA: los fantasmas en el US Foreign Office* (oficina de Asuntos Exteriores), una publicación canadiense de 12 páginas elaborada en el año 1983 (consultar la web namebase.org), se fijaba oficialmente dicho porcentaje en el 60% del total de plantilla.

En Yeda, en el mejor de los casos, de los alrededor de veinte ciudadanos americanos destinados en ese consulado, sólo 3 de ellos, incluyéndome a mí, trabajábamos para el Departamento de Estado. El resto eran oficiales o agentes de la CIA o de la NSA y

sus respectivas esposas. (Entre las funciones de la NSA están las de identificar y descifrar códigos, pinchar teléfonos para escuchar las conversaciones, leer cualquier e-mail enviado desde cualquier terminal... Todo ello presuntamente con el objetivo de hacer más seguras las comunicaciones del Gobierno de EEUU, mientras que vigila y controla las del resto de naciones convirtiéndolas cada vez en más y más inseguras. Uno de los lenguajes que sus analistas enseñan, es el “Árabe Especial” que no es sino hebreo, tratando de ocultar con ello el hecho de que Israel se halla entre los objetivos principales de la actividad de la NSA).

Rápidamente las cosas iban a ir de mal en peor.

Mi nombre aparecía en los sellos de las solicitudes de visado para entrar en los EEUU, convirtiéndome en responsable directo de todas las acciones y consecuencias que de ello se derivasen. Tras negarme a tramitar sospechosas solicitudes de visados, comencé a preguntarme qué era lo que realmente estaba pasando. En primer lugar, me dirigí a Jean Bradford, la máxima responsable del área de Servicios Ciudadanos de la Sección Consular. Ella me dijo enigmáticamente que Jay Freres (la fuente de prácticamente todas las presiones para conceder visados ilegales) gustaba de dar “golosinas a los niños”. Tras ello me dirigí a Justice Stevens, que era el máximo responsable de la Sección Consular. Me contó que permaneciese tranquilo y que hiciese todo lo que Freres me pidiera. Más tarde discutiría de todo ello con Stephanie A. Smith (ciudadana francesa ya veterana) que fue Consejera de Asuntos Exteriores en Riad, la capital. Ella era uno de tantos que estaba registrada como agente de la CIA en el ya anteriormente citado documento *Club de Diplomáticos Anti-CIA. Fantasmas en el US Foreign Office*. Me dijo que las demandas de visados ilegales por parte de Freres y “otros cuantos” era algo que estaba “muy mal”. Más tarde, sería ella quien me aconsejaría presentar ese problema ante el Departamento de Asuntos Consulares, tan pronto hiciese mi siguiente viaje a Washington.

Eric Qualkenbush, el Jefe de la CIA en Yeda, cuya falsa identidad aparente era la de ser el Responsable de la Sección de Política y Economía, vino a mí con una nueva exigencia: Él o su equipo debían examinar y aprobar todos los visados que yo y mi equipo tramitábamos, antes de que se diera respuesta a los solicitantes.

Me vi en la obligación de preguntarme, ¿Serían esas prácticas que me imponía un producto de la experiencia que acumuló antes de llegar a Yeda, tal y como me contó un diplomático europeo, como agente clandestino en la delegación de la CIA en Nueva Delhi, o como Jefe de Delegación de la CIA en Sofía, Bulgaria? (tras Yeda, Eric sería destinado a la ciudad de Bonn).

Según agentes consulares ya jubilados, la orden dada por Eric era algo extremadamente inusual. Por otro lado, otros a los que pregunté me dijeron que la CIA solía tener un archivo de solicitudes de visado, así como información específica acerca de los buscadores o solicitantes de dichos visados.

Poco a poco, fui convenciéndome a mí mismo de la cara tan dura que tenía Eric Qualkenbush: era increíble, aquella vez me hizo, sin necesidad alguna de ello, conocedor y partícipe de sus intenciones de expedir un visado a uno de sus contactos iraníes, el ya mencionado marchante de alfombras en Yeda. Aquel día, Eric me paró en el interior del recinto y me dijo que me había enviado a uno de sus agentes (extranjeros oriundos del país en cuestión, reclutados y controlados por agentes locales de la CIA) pidiéndome que diese una “apariencia perfecta” a los resultados de la entrevista para concederle el visado, ya que la CIA quería a ese iraní en Washington para llevar a cabo ciertas consultas.

Poco tiempo después de finalizar mi encuentro con Eric, traté de comprender el motivo por el que él había decidido contarme todo aquello y hacerme las indicaciones y las peticiones que me hizo para asegurarse de que no habría ningún problema al respecto. En apariencia, el iraní tenía un negocio legal; en apariencia iba a EEUU en busca de compradores para su producto y según constaba en los registros, ya había obtenido con anterioridad autorizaciones de visado en numerosas ocasiones...

Se necesitan exorcistas

En el abarrotado consulado de Yeda, lleno de estos funcionarios “fantasmas”, habitualmente fui consciente de que mi trabajo se había convertido en una cruda batalla diaria. A continuación

mostraré algunos ejemplos de lo que fui descubriendo en el día a día en Yeda, y cómo las leyes de EEUU fueron ignoradas e incumplidas de manera habitual y rutinaria. En ese tiempo, todavía no era del todo consciente de que lo que realmente estaba haciendo era tratar diariamente con reclutas cuyo destino sería la Legión Árabe-Afgana. Ahí van algunos ejemplos:

Dos paquistaníes acudieron a mí para lograr sus visados. De acuerdo con la historia que me contaron, trabajaban viajando para una exposición comercial organizada por el propio Departamento de Comercio que tenía como objeto la exhibición de componentes de automóvil en EEUU. Sin embargo, cuando les preguntaba acerca de ese evento comercial, ni tan siquiera fueron capaces de decirme el nombre de aquella exposición o de saber la ciudad de EEUU donde se iba a llevar a cabo. Les denegué el visado.

Al cabo de poco menos de una hora, Paul Arvid Tveit (actualmente retirado y viviendo plácidamente en Virginia), me llamó, y ordenó que le fuesen aprobados los visados que pedían. Yo le expliqué las razones lógicas que me impedían hacerlo, haciéndole ver que infringían expresamente tanto el Art. 214 en su apartado b) del Acta de Inmigración y Nacionalidad, (donde textualmente se indica que todo solicitante de visado es un potencial inmigrante ilegal salvo que pueda probar lo contrario), como el propio Manual de Asuntos Extranjeros (manual de estricto y obligado cumplimiento por parte de todos, donde claramente se indicaban las instrucciones y los procesos que debían seguirse en este tipo de casos, incluyendo en ellos la obligación de rechazar cualquier solicitud de visado si existiese alguna duda razonable acerca de la buena fe o las buenas intenciones del solicitante).

Paul Arvid, ignorando tanto las leyes como los procedimientos, me saltó y fue directamente a Justice Stevens. Minutos después, los visados habían sido tramitados y aprobados formalmente.

En otro de aquellos días, Karen Sasahara, Oficial política y sucesora en el cargo de Henry Ensher, me solicitó por carta un visado para un hombre de origen sudanés que se hallaba refugiado fuera de su país y actualmente sin empleo en Arabia Saudí. Siendo esos

los únicos datos que tenía, y en cumplimiento de lo dispuesto por la Ley, rechacé la solicitud que me pedía.

Sasahara, cuando recibió mi negativa, acudió inmediatamente a Steven Justice, y como era de esperar, el visado fue aprobado. Cuando le pregunté en aquella ocasión a Steven los motivos por los que me había vuelto a desautorizar y había aprobado la solicitud de visado de una persona que no tenía ningún lazo ni relación con su país natal (Sudán) ni con el país en el que actualmente decía hallarse (Arabia Saudí), me respondió literalmente que lo hizo por motivos de “*Seguridad Nacional*”, una respuesta que carecía de motivos o justificaciones legales.⁸

Junto a todos los “empleados” que acudían a Steven (actualmente Steven se halla retirado y vive en Suiza), era frecuente que muchos solicitantes a los que les denegaba el visado acudiesen a él para anular mi decisión y obtenerlo. Uno de ellos, un expatriado que era el chico de los recados de una empresa, y que tenía un número enorme de pasaportes a su nombre, apareció un día frente a mi ventanilla diciéndome en tono de amenaza que tenía “dos opciones”, o le aprobaba su pasaporte en ese momento y al instante, o que me vería en la obligación de tenerlo que hacer más tarde cuando él le dijese a Freres que me negaba.

Por normativa, la única vía legal para que un visado rechazado pueda ser aprobado de nuevo, es que lo haga un Oficial *Senior* del Servicio de Asuntos Exteriores (FSO), y con la autorización y el encargo específico otorgado para cada intervención, circunstancias éstas, que como cualquiera puede suponer, Freres jamás tuvo en cuenta ni comunicó. Por si ello fuere poco, en los casos en los que un oficial *senior* recibiese la autorización para analizar los motivos del rechazo a un visado, era preceptivo que dicho oficial *senior* acreditase ante sus superiores que disponía de información

8. En el artículo publicado en Julio de 2004 por Margie Burns para la web onlinejournal.com titulado “Nuestro Hombre en Yeda”, Sasahara fue directamente relacionada con la CIA. Burns indicó que Sasahara siempre tuvo un comportamiento contrario a lo que se esperaba de cualquier diplomático, llegando a mostrar conductas impropias de sus funciones, tales como gritar enfurecidamente tratando de exigir la colaboración del Departamento de Estado en un caso propio de raptó doméstico. El marido de Sasahara, Michael Ratner, es en el momento de escribir estas líneas, el Cónsul General de EEUU en Jerusalén.

que no se hallaba al alcance del agente que había tomado la decisión de denegar el visado. Dicha acreditación jamás se producía.

En consecuencia, Freres actuó siempre sin ningún tipo de validez legal, incumpliendo también, como era de suponer, la debida obligación de emitir los informes completos de todas y cada una de sus intervenciones (obligación recogida en Cf 9, FAM 41.2121).

Una cuestión dudosa

Una pregunta que en ese momento nunca me planteé, fue la de que, si yo como simple agente consular cuestionaba por motivos más que evidentes las credenciales y las justificaciones de una legión de solicitantes de visado como mínimo sospechosos, ¿qué era lo que harían los experimentados inspectores del INS (Immigration and Naturalization Service) cuando viesan a todos ellos en los puertos de entrada al país?

¿Cómo es que a ninguno de esos “solicitantes” les denegaron la entrada a EEUU y les mandaron de vuelta?

A tal respecto, todavía recuerdo perfectamente lo que me contó Mike Carpenter, máximo responsable de la sección Consular de Stuttgart en los años 70. Mike me relató que a una solicitante a la que él se vio en la obligación de conceder el visado, le fue denegada la entrada en el país, y fue devuelta desde Nueva York a su país de origen. La solicitante había declarado que únicamente pretendía visitar EEUU, y que su estancia iba a ser corta, pero los agentes de la oficina de Nueva York encontraron en su bolso un número de pastillas para prevenir el embarazo suficiente para al menos más de dos años de consumo, lo cual a todas luces indicaba que sus planes de estancia, muy al contrario de lo que afirmaba, tenían toda la apariencia de ir para largo.

Y aquello solo fue un ejemplo, uno de tantos donde cuestionarse una declaración daría lugar a muchas preguntas.

Jay el Carcelero

Jay Freres hizo mucho más que ayudar a que todos los “sospechosos” obtuvieran su visado. Entre otras actividades, facilitaba que el Gobierno de Arabia Saudí pudiese encarcelar a todos los inmigrantes ilegales que recibía. Esta actividad se hallaba íntimamente ligada con su dudoso pasado, como por ejemplo su asignación a Kabul en 1979 cuando el embajador americano “Spike” Dubs fue secuestrado y asesinado. En aquel suceso, mientras las fuerzas de seguridad afganas se abrían paso entre la gente sosteniendo el cuerpo de Dubs hallado dentro de la habitación 117 del Hotel Kabul, a Jay Freres, responsable en dicha ciudad de la Sección Económica y Comercial, se le pudo ver alejado de los focos de atención y guardando unas prudentes distancias con el lugar de los hechos.

Dean Henderson, escritor columnista y blogger, afirma actualmente, y en contra de los que muchos expertos siguen sosteniendo, que Dubs era, al margen de su cargo como embajador americano, Jefe de la base de la CIA en Kabul. Sea como fuere, un diplomático europeo opinó en ese momento que tanto Dubs como Freres eran oficiales del Departamento de Estado captados por la Agencia.

Tras aquellos hechos, Freres ocuparía el cargo de Consejero Político en Ankara en 1982. (Sin embargo, misteriosamente, de él sólo se puede ver su servicio como cónsul general de Yeda como único destino diplomático tal y como consta en el Archivo Central de Agentes del Servicio Exterior del Departamento de Estado)⁹.

Poco tiempo después de mi llegada a Yeda, y cuando empezaba a establecer contactos dentro de la ciudad, agentes de dos consulados europeos me invitaron a comer con ellos. Tras una abundante sucesión de platos exquisitos y “Champán Saudí” (el champán saudí era una mezcla de agua con gas, zumo de manzana y corteza de cítricos), pidieron mi ayuda para saber cómo identificar y

9. Esta publicación, actualmente ya no se actualiza y se halla disponible únicamente para su consulta online previendo y evitando de este modo que pueda ser consultada por particulares.

actuar frente a la actividad de un tipo, de nacionalidad desconocida, que tenía múltiples pasaportes. Me dijeron que ese hombre tenía un acuerdo con el Gobierno de Arabia Saudí para importar y vender licores y medicamentos. Según ellos, llevaba tiempo organizando fiestas en Yeda (Yeda era una ciudad donde no se permitía el consumo de alcohol), donde corrían sin límite sustancias estupefacientes, bebidas alcohólicas y similares.

Según entendí, se dedicaba a delatar los nombres de sus invitados a las Autoridades Saudíes, quienes de vez en cuando se presentaban en la fiesta procediendo a arrestar a todos los que podían, mientras que, a cambio, éstas le permitían quedarse con los beneficios obtenidos y, por supuesto, librarse siempre de la cárcel.

Al cabo de poco tiempo, en una de las habituales “fiestas de la piscina” que ofrecía el consulado, me crucé con un hombre, un ciudadano americano, que había estado en una de las celebraciones que el tipo del que me hablaron los agentes europeos organizaba en la ciudad. Este hombre, que aparentaba estar cerca de los cincuenta y algo pasado de peso, me contó que echó a correr hacia la puerta trasera tan pronto vio a la policía entrar en el local. Pese a su edad y condición física, me contaba que saltó el muro de la vivienda mucho más rápido que lo hubiese hecho cualquier atleta de menos de veinte.

Escamado ante todo este asunto, sentí que debía obtener más información acerca del misterioso personaje que organizaba aquellas fiestas al objeto de prevenir y advertir al resto de ciudadanos americanos que viviesen dentro del radio de acción del consulado, el distrito Heyaz. Un simple aviso, enviado a todos aquellos que hubiesen estado registrados en el consulado, sería el modo más eficaz de protegerles.

Sin embargo, cuando le comuniqué mi propuesta y le sugerí llevarla a cabo, Freres, como Responsable-Jefe del Consulado, la rechazó de plano. Me dijo que si lo hacía podría ofender a los saudíes y, en consecuencia, me ordenó guardar el más absoluto de los silencios.

Pese a aquella orden, como yo no trabajaba en los Servicios Ciudadanos del Consulado, con personal que se debatía entre velar por el bienestar de todos los ciudadanos norteamericanos a la vez

que proceder a su ingreso en prisión si existían motivos para hacerlo, seguía creyendo que era más que prudente (y por supuesto, era también mi deber), hacer correr discretamente la información sobre aquel tipo, aun a sabiendas de que hacerlo molestaría a Freres.

Fiestas en la piscina, la Casa de los Marines, y el Brass Eagle

Beber alcohol era un gran reto en Arabia Saudí, de tal modo que si te pillaban consumiéndolo, eras al instante arrestado, azotado y/o deportado. Y pese a nuestros esfuerzos por “ocultar” que dentro del consulado se ingerían todo tipo de licores (destruíamos todas las botes de cerveza y hacíamos desaparecer las botellas...), el Gobierno Saudí era consciente en todo momento de lo que hacíamos. Prueba de ello era que multitud de ciudadanos y oficiales del gobierno saudí siempre aceptaban mis invitaciones para las recepciones que daba, recepciones en las que siempre servía bebidas “prohibidas” por ellos.

Al igual que aceptaban mis invitaciones, también lo hacían con las que les eran enviadas para las “fiestas de la piscina” o cualquier otro tipo de eventos organizados por la Casa de los Marines¹⁰, donde el alcohol circulaba sin ningún tipo de freno.

Junto a mis recepciones y las fiestas de la Casa de los Marines, también aceptaban muy gustosamente cualquier fiesta o evento que se organizase en Brass Eagle, nombre con el que se conocía a unas cuantas habitaciones dentro del consulado cuya única finalidad era hacer las funciones de bar privado para cualquiera que estuviese autorizado a frecuentarlas.

Por si ello fuese poco, y por si todavía alguien en el Gobierno Saudí desconocía el consumo del alcohol, existían toda una serie de cámaras móviles dispuestas por ellos para controlar el “trafico” de gente dentro de nuestro complejo y que les ofrecían a vista de pájaro todo lo que sucedía en su interior, incluyendo tanto el

10. “Marine House” era el nombre con el que se denominaba a la residencia del cuerpo de Marines encargado de velar por la seguridad consular.

consumo de alcohol de todo tipo y los bailes sexuales de ciertas señoritas.

Tanto yo como Lonnie Whashington (el único portavoz del Departamento de Estado, que era el responsable de enviar y recibir los mensajes oficiales), tardamos muy poco tiempo en aprender cómo funcionaba el Brass Eagle.

Hasta que fue “remodelado” por la esposa de Brad Bradford, un agente consular que había estado allí destinado tiempo atrás, aquellas habitaciones no eran más que unos deprimentes y poco utilizados despachos usados de vez en cuando por algún que otro agente de la CIA.

Tanto Lonnie como yo, con la mayor parte de nuestros equipajes y efectos personales todavía pendientes de llegar, decidimos que sería una buena idea invitar allí tanto a nuestros contactos oficiales como a los “no oficiales”, de manera que, vendiendo tickets de entrada por diez dólares que daban derecho a cinco consumiciones, logramos abarrotar el Brass Eagle en muy poco tiempo, consiguiendo grandes beneficios que destinaríamos a la AEFSA (Asociación para el apoyo de las familias de empleados norteamericanos, empleados que habían servido, entre otros, a la propia CIA).

A la Agencia realmente nunca le gustó que trajésemos extranjeros o ciudadanos no americanos al interior del consulado, por lo que, en represalia, pusieron controles de carretera con objeto de dificultar el acceso a nuestros invitados.

Sin embargo, cuando pasado el tiempo la CIA descubrió que era una gran idea emborrachar a determinados expatriados con alcohol, comenzó por su parte a organizar sus propias fiestas alrededor de la piscina del consulado. Sus invitados, que solían ser más de doscientos en cada evento, llegaron a generar más de un millón de dólares cada año a favor de la AEFSA, organización, en teoría, sin ningún ánimo de lucro.¹¹

La Casa de los Marines era otro de aquellos “oasis”. Las invitaciones a sus fiestas eran altamente valoradas y aquellos que las

11. Estas cifras de ingresos me fueron facilitadas por Tim Hunter, antiguo agente consular.

recibían, intentaban corresponder a la barra libre que se presentaba ante sus ojos, bebiendo tanto como les era posible durante todas las horas que duraba cada fiesta. Casi todos los invitados salían tambaleándose por Palestine Road, la avenida en la que se hallaba el consulado, haciendo varias paradas debido al elevado estado de embriaguez en el que se hallaban. (Lamentablemente llegué a Yeda demasiado tarde para poder disfrutar de unas fiestas que se daban antes de mi llegada y que eran conocidas como las fiestas de los “sacerdotes y las putas”, donde las invitadas femeninas se exhibían completamente ebrias hasta caer al suelo, lo cual, evidentemente, era una flagrante violación de las costumbres saudíes....)

Durante mi estancia, alguna que otra vez recibí la visita de Inspectores del Cuerpo de Marines, preguntándome acerca del alcohol consumido o las ganancias obtenidas por su venta.

Mantén felices a los saudíes, 1ª Parte

El lema del Consul General Jay Freres en el consulado, era “No ofendas a los Saudíes”.

Al mismo tiempo que lo mantenía, rechazaba contratar a una mujer saudí, educada conforme a las costumbres norteamericanas y sobradamente capaz, impidiéndole que ocupase una vacante en el Servicio de Información, pese a que era consciente de su formación académica en los EEUU. (Supe también que la empleada anterior fue cesada antes de tiempo porque supuestamente fue identificada por un agente de la CIA como alguien que gustaba de frecuentar las famosas Fiestas de la Piscina).

Por otro lado, permitía también que se pusiesen abetos de Navidad con todo lujo de luces y guirnaldas para ser expuestos en el consulado (eran considerados como símbolos religiosos en Yeda), y que sonasen villancicos en los altavoces del complejo (lo cual todo ello podía parecer inofensivo, pero había que tener en cuenta que la única religión permitida en el Reino de Arabia Saudí era el Islam, y que cualquiera que fuese sorprendido practicando los

ritos de cualquier otra fe era castigado con penas desproporcionadas).

Freres, un tipo que se ufanaba de anteponer todo para “no molestar a los saudíes”, desde luego podría haber hecho mucho más no sólo respecto a lo anterior sino, por nombrar una entre otras muchas cosas, evitando que saliese alcohol de la embajada en manos de personal que no era diplomático ni tenía nada que ver con ella.

Las recepciones oficiales podrían haber servido zumos de fruta y bebidas sin alcohol y con ello hubiese podido poner punto y final al abastecimiento de todo tipo de licores que desde el consulado se hacía, por poner un ejemplo, al barco de la Mobil Oil Corporation...

Mantén felices a los saudíes, 2ª Parte

Jay Freres y su programa de “no ofender a los saudíes” tenía más agujeros que un queso suizo después de ser disparado con una escopeta de perdigones.

En Arabia, tal y como cualquiera puede comprobar, el Islam es la única religión permitida. Todos los objetos de cualquiera que practicase o fuese creyente de otra religión, eran incautados en la frontera de Arabia (biblias, libros de oraciones, y cualquier otro tipo de artículo) y si dichas personas posteriormente actuaban de manera manifiesta demostrando su fe, eran deportadas sin mayor miramiento. Pese a ello, Freres, que era cristiano católico, tenía su propio sacerdote oculto¹² que le oficiaba las misas cada domingo en su residencia oficial, tanto para él como para otros cristianos católicos de dentro y fuera del consulado. A los inmigrantes que eran de religión protestante también les permitió celebrar sus servicios religiosos en el auditorio, dentro del edificio central del

12. Los sacerdotes católicos operaban en Arabia Saudí del mismo modo que lo hicieron en la época de Enrique VIII en Gran Bretaña. Ocultaban su identidad y de manera secreta celebraban sus misas en servicio de la fe. Si eran descubiertos, del mismo modo que ocurría en Arabia, eran arrestados y encarcelados.

consulado, algo que algunos agentes del Servicio de Exteriores, incluyéndome a mí entre ellos, desconocíamos por completo.

Mucho tiempo después, y con Freres ya jubilado, Tim Hunter, católico devoto, me contó que le habían obligado a persuadir y convencer para que no se diese a partir de entonces ningún tipo de servicio religioso en la “Santa Iglesia del Consulado”, y que cuando trató de oponerse a ello fue duramente criticado por oficiales del propio Gobierno de los EEUU.

Son como termitas... pero mucho más dañinos

Además de las confrontaciones directas y sus más que dudosas “credenciales”, los fantasmas, aquellos que eran “invisibles para el resto”, también eran destinados a la sección consular para llevar a cabo “coberturas diplomáticas”. Philip Agee, un antiguo agente consular, me contó que en la ciudad de México, lugar donde se hallaba destinado, la CIA siempre tenía a uno de sus agentes encubiertos ocupando puestos en el consulado como falso trabajador de él. De lo que pude averiguar por la gente de Yeda, Brad Bradford, el predecesor de Andrew C. Webber, había sido asignado al departamento de visados como agente consular “a tiempo parcial”. (Bradford más adelante sería destinado a Dhahran como oficial político-militar). Supuestamente, él y Andy Weber se habían quejado acerca de las dudosas peticiones de visado que Freres ordenaba (al no existir una Comisión Consular que estableciese algún tipo de control, Freres había ordenado que su firma fuese grabada en un sello metálico para estamparse en la autorización de los visados, sello que a todas luces fue utilizado con bastante frecuencia sin saber si era Freres o no quien lo hacía). Curiosamente, Weber, de vez en cuando se sentaba frente a una de las ventanillas del mostrador de visados y me decía: “Mike, el siguiente tipo de la cola es para mí, déjame que sea yo quien le atienda...”

La influencia y la intromisión de la CIA en esta especie de farsas en todo lo referente a los visados, del mismo modo que se producían en Yeda, era práctica común y habitual en prácticamente

todas las Oficinas de Servicios Exteriores de cualquier parte del mundo, de modo que si esos hechos se hubiesen filtrado, no habrían tardado nada en volverlos a silenciar.

Recuerdo que fue un “agente consular” de la CIA en Jartún (Sudán) quien autorizó el visado de turista a favor de Sheikh Omar Abdel Rahman, a quien más tarde se le relacionaría con los atentados con bomba en el World Trade Center en el año 1993. El “tapado” Sheikh se hallaba incluido en la lista de terroristas que elaboraba el Departamento de Estado en el momento en que aquel “agente consular” de la CIA le autorizó su visado, permitiendo que entrase en EEUU desde Arabia Saudí, Pakistán y Sudán en el año 1990. (Cuando supe todo, me pregunté si ese tipo habría sido el mismo que una vez me envió a través de un emisario en Yeda su pasaporte junto con su solicitud de visado, pero como teníamos que exigir entrevistas personales para cualquier solicitante de visado a excepción de los solicitantes saudíes (e incluso a veces también les era exigida), cuando le conté a ese emisario la obligación de acudir en persona para cualquiera que pidiese un visado, me respondió que la persona a la que representaba se hallaba “exenta” de dicha obligación. Todavía hoy sigo preguntándome por qué no pudo aquel tipo tomar un autobús en la Meca para desplazarse a nuestro consulado y hacer las gestiones en persona...) ¹³

Mantenlo tapado (la chapuza no debe “hervir” demasiado y manchar la cocina...)

Comenzaba a ver Yeda como un lugar muy extraño abarrotado de gente sobre la que no sabía nada acerca de quién o qué era lo que les hacía comportarse de una manera tan primitiva. Eran pregun-

13. Joseph P. O’Neil era el Director Jefe de Misión en Jartún cuando Rahman obtuvo su visado. Dijo que fue uno de los *fantasmas* quien se lo había concedido, pero sin embargo echó la culpa al Servicio de Exteriores local, de acuerdo con el protocolo establecido y dispuesto en la “Asociación para los estudios y formación diplomáticas: Proyecto de Protocolos Orales para Asuntos Exteriores.” O’Neil añadió que tuvo que ser otro agente de la CIA quien habría autorizado por error dicho visado sin dar más explicación al respecto. También se supo que aceptó el trabajo en Jartún a través de Frank G. Wisner, miembro de una honorable familia al servicio de la CIA.

tas que siempre me llevaban a callejones sin salida. Por otro lado, ni tan siquiera la multitud de contactos que disponía fue alguna vez capaz de aclararme qué era lo que ocurría donde yo mismo me encontraba, en el propio interior del consulado.

Los diplomáticos europeos me preguntaban con cierta frecuencia sobre cuál era el número de fantasmas que el “Tío Sam” tenía a su servicio dentro del consulado, probablemente lo hacían porque ni tan siquiera la misma Agencia hizo nunca nada por “encubrir” o “disimular” su existencia. A diferencia de los agentes de EEUU, los europeos conducían siempre los mismos vehículos Toyota Land Cruiser de color verde oliva, con las manecillas en color rojo y naranja en todos sus lados y con un neto aire saudí en lugar de las placas verdes propias de Cuerpos Consulares que los verdaderos diplomáticos debían lucir en sus vehículos.

Como ya he mencionado anteriormente, antes de abandonar Washington con destino a Yeda, escribí varias veces a Greta Holtz tratando de que me ayudase con información sobre mi futuro trabajo y pidiéndole que, con la experiencia y conocimientos in situ que había adquirido, me ayudase informándome también de todo lo que a ella le hubiese gustado saber antes de haber ocupado el puesto, y que no supo hasta que comenzó a trabajar en Yeda.

Nunca recibí respuesta.

Cuando finalmente **la** conocí en persona, durante una de sus visitas a Yeda desde Yemen, lugar que fue su siguiente destino, sólo supo decirme que había estado “muy ocupada” como para poderme ofrecer una descripción tan “completa” como yo le pedía.

Cuando ya había abandonado voluntariamente mi trabajo, recibí la llamada telefónica de Holtz desde Washington preguntándome en qué situación se hallaba mi queja y mis reclamaciones por lo ocurrido en Yeda. Yo jamás le había contado a ella nada relacionado con mi decisión de denunciar todo lo que allí presencié...

Entonces, llegaron los inspectores.

Periódicamente las bases del Servicio de Exteriores eran revisadas y examinadas cumpliendo las leyes y reglamentos que a tal respecto así lo disponían, obligando a elaborar un completo in-

forme sobre cada una de ellas. Nestor Martin, uno de mis más cercanos contactos de calidad, cubano y muy bien relacionado con los agentes de inteligencia, me había advertido que nunca dijese nada a esos inspectores sobre cualquier departamento o área que considerase problemática o que pensase que actuaba de manera irregular o sospechosa. Eso incluía visados sospechosos, ventas muy beneficiosas de grandes cantidades de licor a inmigrantes, ya fuesen musulmanes o no, e incluso la más que tiránica actitud de Salma Webber, la profesora estadounidense que nos enseñaba árabe. “*Si lo haces*”, me advirtió, “*serás inmediatamente despedido.*”

Mientras desempeñé mi trabajo en Yeda, en estas inspecciones siempre tuve que responder ante Joseph O’Neill, miembro del equipo de Inspectores del Departamento de Estado¹⁴. O’Neill me entrevistaba y me presionaba para que le confirmase los rumores que habían llegado a sus oídos acerca de ciertos problemas con los visados y con la venta de alcohol. Compartía conmigo detalles que yo desconocía mientras no dejaba de repetirme que estuviese tranquilo, que cualquier cosa que yo le contase sería tratada de manera completamente confidencial. Cuando le comenté que tenía miedo de ser despedido si contaba algo, O’Neil, en tono muy paternal, se esforzó en asegurarme que, contrariamente a lo que Nestor me había dicho, mi carrera profesional no correría ningún peligro por haberle informado de todo aquello. Después de una hora de conversación, cedí y, confiando en el Gobierno de los EEUU, le conté todo lo que consideraba que estaba haciéndose mal en Yeda, tanto el asunto de los visados sospechosos, como el negocio que se hacía con el alcohol y las fiestas organizadas.

Pocos días más tarde, Jay Freres escribió un informe falso evaluando mi desempeño como deficiente e inaceptable, garantizando que dicho informe suponía mi inmediato cese como agente del Servicio de Exteriores.

Durante la conversación que mantuve con O’Neil, le conté que llevaba una carpeta con el registro de visados sospechosos que había elaborado. Él se negó a hacer una copia y llevársela para

14. Joseph P. O’Neill fue el mismo que actuó como DCM a la hora de conceder el visado a Omar Abdel Rahman.

estudiarla. Más tarde supe que esa carpeta con todos los documentos que contenía, fue destruida (por alguien desconocido) y tuve la certeza de que O'Neil fue quien ordenó su destrucción y la eliminación de cualquier posible rastro.

Más tarde escribiría a O'Neil cuando en ese momento era Cónsul General en Bermuda (desempeñaría ese cargo antes de viajar a Afganistán, Ucrania y Uzbekistán en múltiples misiones a las que fue asignado por el Servicio de Exteriores como agente jubilado), preguntándole sobre qué era lo que realmente ocurrió en Yeda. Nunca tuve respuesta. Quizá ello se debiese a que O'Neill siempre se esforzó en proteger la “discreción” con la que él actuó en todo momento como enlace con los reclutas árabes y afganos. O quizá volvieron a aparecer sus lazos con la CIA, cuando en 1979 fue destinado a la embajada americana en Teherán, justo antes de que ésta fuese secuestrada por estudiantes iraníes¹⁵. (O'Neill nunca constó en el registro de agentes en Teherán correspondiente al año 1979 y, misteriosamente, no figuraba en la lista de rehenes que puede hoy en día consultarse en el Museo y Librería Presidencial en honor a Jimmy Carter)¹⁶.

Revelaciones camino del desempleo

Como le pasó a Saúl de Tarso camino de Damasco, yo estaba igualmente cegado por la “luz de la verdad”. En un encuentro casual en el Centro Público de Educación en Washington, un periodista llamado Joe Trento expresó toda su hostilidad y rabia por lo ocurrido y se dirigió a mí. Joe me reveló lo que realmente había estado pasando con la CIA en Yeda y hasta qué punto ello me concernía. Lo que allí sucedía no era un simple trapicheo de visa-

15. Washington Post, Obituario del 6 de Julio de 2014.

16. Sin embargo, estuvo destinado de manera temporal en Teherán, durante los meses de enero a marzo del año 1979. Su cargo o posición nunca fueron revelados. O'Neil se dedicó a criticar a aquellos agentes que habían telefonado a Washington recomendando antes del secuestro que la Embajada fuese evacuada. Por otro lado, O'Neill tuvo sus propios problemas y desencuentros con los cuerpos de Inspectores. Su vida laboral muestra una serie de extraños destinos impropios de un agente del Servicio de Exteriores, incluyendo entre ellos el destino a Bosnia.

dos fraudulentos como yo creía, era algo mucho más serio: Formaba parte del **Programa de Visados para Terroristas (VTP)**, diseñado para captar, reclutar y entrenar en los EEUU a verdaderos asesinos y criminales de guerra para combatir, entre otros, en Afganistán contra la Unión Soviética. Todos ellos se convirtieron de ese modo en los miembros que fundaron Al-Qaeda, la legión árabe-afgana.

Fueron el presidente Jimmy Carter (D-GA) y su consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, quienes fundaron el programa para familiarizar a todos aquellos perfiles que se reclutaban, con el “arte” de hacer explotar objetivos o derribarlos a disparos, especialmente si esos objetivos eran soldados soviéticos. Para ayudarles a conseguirlo, me dijo Trento, el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), contrataban a perfiles que consideraban apropiados para servir como chivos expiatorios o cabezas de turco para que trabajasen como agentes consulares en lugares como Yeda, que por aquel entonces manejaba no más de cuarenta y cinco peticiones anuales de visado.

Si estos chivos expiatorios, tal y como me hizo hincapié Trento, ni tan siquiera se llegaban a preguntar qué era lo que pasaba a su alrededor, todo iría genial para los intereses de la CIA y el Departamento de Estado. Si, por el contrario, alguno de ellos se atrevía a protestar o comenzaba a hacer demasiadas preguntas, como fue mi caso, y llegaba hasta incluso a resistir las presiones ilegales para que hiciesen la vista gorda, simplemente eran despedidos sin contemplación ni explicación alguna, argumentando lo mismo que a mí me fue comunicado: “No es válido para el programa”, dando por sentado que era un trabajador inválido para las funciones que se le asignaban.

Lo que Trento me reveló, me fue igualmente transmitido por un antiguo empleado del Gobierno de los EEUU en la Voz de América y por otro tipo que se hallaba ligado a la Universidad de George Washington en DC. A ambos llegué también por casualidad durante el transcurso de mi búsqueda del autor de un artículo localizado en el Medio Oeste, y ambos me contaron que la CIA, hábilmente ayudada por uno de sus activos, un personaje llamado Osama bin Laden y empleando sus contactos en Arabia Saudí, había logrado establecer tres oficinas de reclutamiento

dentro de ese país: una de ellas estaba en Yeda, la segunda en Riad y la tercera al este de la provincia de Al-Sharqiah.

De todos modos, los saudíes, una vez que el ejército soviético se hubo retirado de Afganistán, dijeron que “no estaban nada de acuerdo” con todos aquellos soldados que tomaron parte en el conflicto como mercenarios a sueldo, que apodaban con el nombre de “*saddle tramps*”¹⁷ y que paradójicamente ellos mismos habían ayudado a reclutar y entrenar. De hecho, fueron los mismos saudíes quienes les invitaron a abandonar el país prohibiéndoles la entrada de nuevo en él y haciendo especial hincapié con aquellos que eran de origen palestino. Como era lógico, Arabia temía que esos mercenarios hiciesen uso de los conocimientos y habilidades que habían adquirido para tratar de imponer un cambio de régimen que derrocara a la actual monarquía Saudí. Los saudíes no fueron los únicos; otras naciones que se hallaban cercanas, rechazaron a su vez aceptar la entrada de estos mercenarios expulsados de Arabia, por idénticas razones de seguridad.

Esta captación de “soldados”, no sólo se llevaba a cabo desde países orientales; en los EEUU existían también muchas oficinas de reclutamiento según las declaraciones de Sheikh Abdullah Az-zam, uno de los cofundadores de la conocida como Oficina de Servicios (organización que, entre otras funciones, se dedicaba a poner en contacto a los voluntarios árabes con las facciones afganas que combatían contra el ejército soviético).

El principal objetivo que tenía Sheikh Abdullah cuando lanzó la publicación “The Jihad Magazine” (publicación de origen árabe centrada en la guerra de Afganistán y que estaba focalizada en remarcar el apoyo de los saudíes y el esfuerzo que estaban haciendo para ayudar a combatir contra los “soviets”), era el de informar a todo el mundo árabe qué era lo que estaba ocurriendo en Afganistán, pero sobre todo, su verdadero objetivo era el de contribuir con dicha publicación a recaudar dinero y reclutar mercenarios para la causa.

17. Este termino data de la época de la Conquista del Oeste, y era el apodo con el que se conocía a todos aquellos pistoleros que eran contratados para combatir al servicio de quien les pagaba.

En Yeda, en una ocasión llegamos a imprimir 70.000 ejemplares de dicha revista, **la mayoría de ellos fueron enviados a los EEUU, ya que allí existían 52 centros de reclutamiento, siendo los principales los centros de Brooklyn , Phoenix, Boston, Chicago, Tucson, Minnesota, Washington DC y Washington State.**

Todos los años, Abdullah Azzam acostumbraba a ir a EEUU. La riqueza y los dólares de EEUU le eran mucho más útiles que todos los musulmanes (potenciales mercenarios) que vivían en países empobrecidos o bajo severas dictaduras.¹⁸

Cuando en 2013 contacté con Abdullah Azzam vía email y vía telefónica, me respondió Sheikh Abdullah Anas, el hijo de Azzam, diciéndome que no guardaba ningún recuerdo de lo que le preguntaba. Todo lo que llegó a decir era que sólo recordaba puñados de soldados que no eran afganos y que la CIA nunca tuvo nada que ver en su reclutamiento. Probablemente uno de los motivos de su falta de memoria se debiese a la concesión de asilo político que le fue otorgada en el Reino Unido. (El Servicio Secreto de Inteligencia fue un participante muy activo en la guerra de Afganistán). Otro de los más que probables motivos de esas lagunas en la memoria, era el gran interés que había manifestado en conseguir trasladarse a EEUU y obtener allí también el asilo, motivo por el cual, no era recomendable ofender a quienes podían concedérselo...

Otro de los puntos de fricción y continuos enfrentamientos en Yeda, era la más que evidente sospecha de que cualquier secreto o cuestión confidencial llegaba a EEUU de boca de empleados de la citada organización creada por Abdullah Azzam, la ya por todos conocida "Service Office". Durante el tiempo en el que estuve en el consulado, propuse reunirnos con varias organizaciones musulmanas que de manera habitual me enviaban solicitudes de visado sospechosas. Sus responsables eran clérigos que de manera ostentosa solían viajar a los EEUU para actuar como predicadores en sus diferentes actos, pero que, curiosamente, eran incapaces

18. Peter L. Bergen, autor de *Lo que sé de Osama bin Laden* (Nueva York, Ed. Free Press, 2006) pp. 25,32,36. En un mail dirigido a mí con fecha 12 de febrero de 2014, Bergen negó que tuviese más información que la que yo mismo había citado.

ces de explicar cómo era posible que no existiesen predicadores válidos en los Estados Unidos para celebrar los actos a los que ellos afirmaban ir. Propuse también, al objeto de evitar perder el tiempo con solicitantes que no cumplían los requisitos, ofrecer a estas organizaciones un pequeño manual de mínimos que eran indispensables si se pretendía solicitar un visado. Jay Freres nunca lo permitió.

En una conversación que mantuve con Celerino Castillo, un antiguo oficial de la DEA (la Agencia antidrogas de EEUU), supe que los tentáculos de la CIA en todos los procesos de visado, provenían de un exitoso programa que había sido experimentado e implantado durante mucho tiempo en América Latina, y que era el modelo que se seguía en Arabia Saudí. Si se hubiesen visto en una situación límite, me dijo, la Agencia habría enviado por medio de todos sus contactos actuando como agentes móviles, los pasaportes junto a las correspondientes solicitudes de visado en paquetes con destino al consulado local o a la embajada de turno. Mezclados con aquellas solicitudes que eran reales y válidas en paquetes considerados como “valija diplomática oficial”, con toda certeza nunca hubiesen sido abiertos ni examinados por agentes consulares y todos los falsos solicitantes hubiesen tenido vía libre para viajar a los EEUU.

Llegados a este punto, surge una pregunta inevitable: ¿Estos reclutas captados eran finalmente seleccionados desde las oficinas centrales de la CIA en Washington DC o eran seleccionados localmente con anterioridad desde las propias bases o estaciones locales? (Las bases de la CIA eran las oficinas que tenían dentro de los propios consulados, mientras que las estaciones eran las instalaciones que poseían en las embajadas con el objetivo de controlar en cada país cualquier actividad concerniente al área de Inteligencia). A tal respecto, el ya retirado agente de la CIA Marc Sageman (una de las tres únicas personas que manejaron toda la información del conflicto contra el ejército soviético en Afganistán), sigue manteniendo que tanto las estaciones como las bases nunca comunican ni negocian ningún tema de su actividad con Washington, del mismo modo que me afirmó que ellos “jamás”

tuvieron ningún tipo de contacto con Washington referente a ningún caso de “reclutamiento a filas”.¹⁹

Las tres únicas personas que manejaron toda la información de aquel conflicto fueron Sageman, Milt Bearden y Gus Avrakotos (ya fallecido y conocido también como “Doctor Sucio”, fue el responsable de dar el armamento necesario a los afganos).

En 2008, Sageman difundió que la amenaza musulmana era muy peligrosa porque “*se reclutaban ellos mismos, carecían de líderes y estaban conectados en todo el mundo a través de la web, a la vez que carecían de estructuras identificables y de ningún tipo de escrúpulos o principios*”. Curiosamente todas aquellas acusaciones eran rasgos que siempre se habían empleado precisamente para denigrar un riesgo y nunca para advertir de él o darle importancia.²⁰ Sageman sin embargo “*puso en marcha programas unilaterales con los muyahidines afganos entre los años 1987 y 1989 desde Islamabad, actuando también durante años como confidente para el cuerpo de policía de Nueva York. En el año 2008 ya se había convertido en “experto residente”*”.²¹

¿Podrían llegar a ser más estúpidos?

Muy estúpidos.

Si hubiese sido informado en su momento sobre lo que la CIA, el Departamento de Estado y el propio Osama bin Laden estaban llevando a cabo en Yeda, con toda seguridad en aquella época hubiese sido lo suficientemente estúpido como para mirar a otro lado, consentirlo y transigir con aquellas actividades. Después de todo, confiaba ciegamente en mi gobierno. La CIA y el Departamento

19. Estas declaraciones me fueron hechas directamente por Marc Sageman durante el encuentro que mantuvimos en su casa de Rockville en Maryland, el 13 de agosto de 2013. Dicho encuentro fue concertado a través de Matthew Hoh.

20. Tal y como recoge Arun Kundami, *Llegan los Musulmanes* (Ed. Verso, Nueva York, 2006) pp. 75,76

21. Citando expresamente a Elaine Sciolino y Eric Schmidt en su artículo titulado “Una discusión no demasiado privada sobre el terrorismo” publicado por el *New York Times* el 8 de junio de 2008.

mento de Estado se habrían evitado toda esta publicidad negativa, todas las denuncias legales y veinte años de dolorosas verdades contadas por mí.

Otro ejemplo de flagrante incompetencia en Yeda, era la incapacidad que manifestaban tanto la CIA como la NSA para darse cuenta de lo que sí que era un verdadero problema de seguridad: los envíos que los chinos hacían de misiles de rango medio (IRBMs) a favor de los saudíes. Un hecho imposible de obviar y que, en 1988, nuestros fantasmas no tenían ni tan siquiera idea de que se estaba produciendo hasta que yo se lo hice ver.

Después de que muchos de mis contactos europeos aceptasen de manera habitual el ofrecimiento de mi residencia en Yeda como lugar donde podrían beber algo antes de cenar, fui poco a poco sabiendo gracias a lo que me contaban, que esos misiles estaban siendo descargados desde barcos que estaban en el mismísimo puerto. Con la confianza ya ganada, también me contó una de mis fuentes que, además de los misiles, conocía la manera en que los saudíes estaban logrando ocultarlos de cualquier mirada indiscreta, y ésta no era otra que la de bloquear cualquier visión de las operaciones de descarga desde los barcos que llevaban los misiles poniendo delante de la zona de descarga líneas enteras de contenedores que hacían imposible ver qué ocurría o qué se estaba descargando desde aquellos barcos.

A la mañana siguiente, sorprendí profundamente al Agregado Aéreo cuando le conté mi descubrimiento, y tan pronto lo supo, comenzó inmediatamente a tomar fotos aéreas de reconocimiento de aquellos misiles. Por aquel entonces, ya estaba completamente decidido y no me importaba irritar cuanto fuese necesario tanto a Karen Sasahara como a la base entera de la CIA, incluyendo en ella, por supuesto, al secretario general del consulado Jill Johnston. Seguí pues adelante, exigiéndoles que cursasen inmediatamente una comunicación oficial con Washington, donde hacía constar el caso de los misiles y los extraños comportamientos que provocaron que nadie en el consulado hubiese sido consciente de ello hasta que yo lo “descubrí”. (Casado con una directora de la NSA, Johnston me contó que su mujer solía trabajar para la CIA y que le molestaba mucho que ella tuviese que estar trabajando para ellos incluso hasta en sus días libres).

El día siguiente, supe a través de un contacto en la embajada norteamericana en Riad que mi comunicación a Washington había sido incluida dentro del informe diario que los servicios de Inteligencia entregaban al Presidente.

En dicho comunicado, aparte de mi “exclusiva” sobre el tema de los misiles, también aporté una enorme cantidad de detallados informes sobre problemas políticos y económicos de los que era testigo directo hasta tal punto que Joe O’Neill, por aquel entonces uno de los Inspectores del Servicio, me llegó a comentar que había enviado más datos y análisis en una sola comunicación que todo el personal de la propia Sección Política y Económica durante toda su existencia. En dicha comunicación, entre otras muchas cosas, informaba sobre la existencia de mujeres de negocios saudíes (desconocidas por ellos desde hacía más de treinta años), sobre mis viajes tratando de conocer todo lo que pasaba dentro de nuestro distrito consular, o sobre las extrañas razones que me argumentaba cada vez un mayor número de solicitantes tratando de justificar los motivos que les llevaban a querer viajar a los EEUU.

También hice mención a mis visitas a los ciudadanos norteamericanos que se hallaban encerrados en cárceles saudíes y de todos aquellos que habían fallecido en ellas y que procedí a tratar de identificar pese a que sus cuerpos llevaban días enteros en las celdas sin que nadie los hubiese retirado. (Aquello fue mucho más duro de lo que puedo describir, máxime cuando vi que algunos llevaban encerrados tanto tiempo que hasta sus pasaportes habían caducado, y sus cuerpos sin vida llevaban días allí sin que ni tan siquiera su muerte hubiese sido notificada).

A tal respecto, y para intentar hacer algo que calmase el profundo malestar que desde entonces existía en mí por las terroríficas visiones de las cárceles saudíes, diariamente discutía con los agentes de inteligencia que operaban dentro y fuera del consulado con la intención de que hiciesen cuanto estuviese en su mano para regularizar la situación de aquellos presos y velar por su derecho a unas condiciones mínimas de salud, habitabilidad e higiene.

Esos agentes, eran los mismos que reclutaban y entrenaban a los que, en un primer momento, se llamó muyahidines, que más

tarde recibirían el nombre de Al-Qaeda y que acabarían transformándose en ISIS. Fui testigo directo con mis propios ojos de aquellos inicios en Yeda, pero en aquel momento no fui ni pude ser capaz de atar cabos y comprender quién era quién y con qué fin lo hacían.

Hoy todo el mundo puede ver en qué se han convertido aquellos reclutamientos iniciales, y puede adivinar a poco que se lo proponga, cuáles son las consecuencias cuando se permite que los servicios de inteligencia controlen tanto la política como la diplomacia: Todos los soldados que captaron, reclutaron y entrenaron, han servido y siguen sirviendo obedientemente las órdenes de EEUU y la CIA, entre otros muchos objetivos, ayudando a desestabilizar y romper Yugoslavia, destruyendo Iraq, colapsando y adueñándose de Libia y hoy en día, sin ir más lejos, ayudando al saqueo y sometimiento de Siria.

* * *

www.editorialmanuscritos.com
info@editorialmanuscritos.com
pedidos@editorialmanuscritos.com
(+34) 91 873 08 50